

MIGUEL ÁNGEL HUAMÁN

***POR UN HUMANISMO COMO UTOPIA
SOLIDARIA***

El maestro y poeta Marco Martos, Decano de nuestra Facultad de Letras y Ciencias Humanas, doctor en Letras y destacado escritor de prestigio nacional e internacional, me pide que asuma el discurso de apertura del Año Académico 2011. Mi primera reacción es decir que no, pero de inmediato una idea me asalta y, de la mano de ella, acepto el honroso encargo.

Sin duda, es un reto grande y un riesgo considerable el proponer una reflexión ante una comunidad de hombres de letras, muchos de los cuales poseen mayor experiencia y sabiduría que uno. Por otro lado, como ha afirmado el maestro Víctor Li Carrillo, «el profesor universitario constituye una personalidad compleja» (Li Carrillo: 2008, 195), especialmente si es de Letras; eso quiere decir que, cuando se trata de decir algo coherente e importante para la gente, cada uno se considera, independientemente de sus méritos, en capacidad de hacer uso de la palabra. El viejo Pierre Bourdieu (2008, 100) lo dice de otra manera:

«Lo propio de la facultad de letras y ciencias humanas reside en que las relaciones entre los diferentes principios de jerarquización están allí más equilibradas. (...) por un lado, participa del campo científico, y por lo tanto de la lógica de la investigación y del campo intelectual (...), y por el otro, (...) es el lugar de poderes

propiamente sociales que, con las mismas credenciales que la de los profesores de Derecho y Medicina, participa de las estructuras más fundamentales del orden social».

En otras palabras, los hombres de letras disfrutamos de una doble condición: podemos destacar por nuestro trabajo científico como investigadores y, al mismo tiempo, por nuestro prestigio como escritores o por nuestro uso del lenguaje. Eso significa que cuando se trata de dar un discurso en un acto académico formal y protocolar siempre habrá un colega que piense: «¿y por qué yo no, en lugar de este?». Este rasgo peculiar de confianza en sí mismo, no de petulancia, es lo que el maestro Li Carrillo expresa con esta frase amable de «personalidad compleja». Como ven, se puede ser agudo sin necesidad de ser francés, y también, por supuesto, se puede ser complejo y profundo, a la vez, siendo sanmarquino.

Sin pretender ser ni lo uno ni lo otro, pero sí como sanmarquino por vocación, he aceptado abrir el año académico 2011, no por afán de figuración ni petulancia, sino por un simple motivo: considero que en estos tiempos de doble crisis, de la educación y del humanismo, es indispensable conversar al respecto y, para variar, me corresponde a mí, otra vez, proponer el diálogo. Espero, en esta ocasión, con mayor éxito, se perciba que la intención de mis palabras es una exhortación a dialogar y participar, tal vez con la vana ilusión de convertir este año en el del debate, del conversatorio, de la reflexión intensa sobre el devenir de nuestra especialidad, en la era emergente de la cultura informática y digital, que ha desestabilizado la cultura letrada y la formación ilustrada.

En tal sentido, hablar sobre el humanismo del mañana significa no solo preguntar sobre cómo será el futuro de la actividad humanista, sino preguntarnos también si dicha práctica tiene futuro. Por supuesto que en este intento de reflexión sobre el futuro de las humanidades o las humanidades del futuro, la primera tentación que debemos evitar es precisamente en la que caen los colegas de

otra facultad de letras, que realizaron un coloquio internacional el 2007, sobre el tema (Giusti-Patrón: 2010), solo para afirmar de distinta manera que «los problemas se sitúan allende estos muros. Aquí en el claustro, bajo el techo de esta universidad, de esta casa de humanidades, no hay ciertamente crisis ni falta de vigencia»(223).

Es hasta cierto punto lógico que la primera reacción frente a los cambios sea el refugiarse en nuestro *modus vivendis*, el ratificar que «las humanidades han jugado y siguen jugando un papel determinante en la personalidad y en la imagen de nuestra» (63) universidad. Apelar a la actividad académica, cuya convivencia cotidiana con el otro, en un ambiente tolerante, define un «humanismo práctico» (215), que explicita «el modo específicamente humano de dar formas a las disposiciones y capacidades naturales del hombre» (64) y «desarrolla ese sentido común que nos permite ser parte de determinadas comunidades o de la comunidad humana en general» (65).

En resumen, nos parece legítimo que los colegas, que están en un litigio con la Iglesia por la administración de su institución, opten por reiterar y confirmar la convicción como encaran su compromiso humanista, y que entiendan lo importante que es «que los profesores de todas las facultades debatan entre sí acerca de lo que constituye la esencia misma de las humanidades, es decir, acerca de lo que es la verdad y de lo que contribuiría de mejor manera al cultivo del ideal humanitario que se busca en la universidad» (45).

Sin embargo, nos parece un error estratégico el reducir el problema del futuro de la actividad humanista a su particular conflicto corporativo y obviar que el peligro principal proviene del cambio cultural en marcha y de la nueva condición del conocimiento en la sociedad postindustrial, que convierte en obsoleto el modelo humboldtniano de la educación superior, que produjo la llamada «universidad de la cultura».

Más aún, esta defensa cerrada de los fueros de la especialidad, deviene paradójica y contradictoria si se declara que se pretende

«generar un debate nacional» para «promover una reflexión sobre el papel que corresponde jugar a las humanidades en el proceso de cambios a que se halla sujeta la sociedad nacional y, en un sentido más amplio, sobre el papel de la educación superior en el contexto de la globalización» (12), pero en la convocatoria no se incluye a ningún representante de las otras tres comunidades académicas existentes en el país (San Marcos, San Agustín y Villarreal) y sí a reconocidos intelectuales extranjeros como Carlos Monsiváis y Martha Nussbaum. Tal vez por eso, el maestro Luis Jaime Cisneros, muy querido y recordado, fallecido hace muy poco, les espetó en ese evento que «no hemos experimentado al prójimo. Nos hemos limitado a observarlo» (35).

Por nuestra parte, para no caer en estas distorsiones corporativas debemos recuperar nuestra tradición. Por supuesto que esta, como es de casi cinco siglos, nos exige recordar a quienes hace muy poco estuvieron conviviendo en nuestras aulas y patios, que han escrito sobre el tema, por lo que sus palabras resultan antecedentes valiosos para esta invitación al diálogo sobre nuestra labor como hombres de letras.

Hace más de medio siglo, en 1959, con ocasión de la inauguración de los Departamentos de Filología Clásica, Lingüística Americana y Filología Románica, el Dr. Fernando Tola Mendoza, Director del Instituto de Filología de la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos disertó sobre «La función humanística de la Universidad», discurso que fue publicado ese mismo año (Tola: 1959).

Este valioso documento nos permite reconstruir la perspectiva asumida por nuestra institución para definir y ordenar las diversas actividades realizadas por sus integrantes en su labor formativa. La lectura del texto permite precisar los criterios empleados para establecer los diversos registros que constituyen la tarea humanista. A partir de ello podemos proceder a una revisión crítica que nos

permita comprender cuáles de esas funciones siguen vigentes y son desempeñadas en la actualidad.

Tola entiende que entre las funciones de la universidad están el crear técnicos y profesionales, el investigar, difundir la cultura, colaborar en la solución a los problemas nacionales y «formar al hombre» de conformidad con un ideal de humanidad. A este ser intelectual y moral, que egresará de las aulas, se le debe fomentar, alentar, desarrollar, dar nacimiento cualidades que definen un arquetipo de ser humano. ¿Cuáles son estas cualidades? Menciona varias que revisaremos a continuación.

La inteligencia y la actitud científica es la primera condición, la misma que se manifiesta en «claridad en las ideas y concepciones; la coherencia lógica en la argumentación; la emisión de juicios que se fundamentan en la visión integral del asunto; la discriminación entre lo esencial y lo accesorio; la justa valoración de las circunstancias». Como expresión importante de la inteligencia y aparejado a ella está el «espíritu científico», pues entiende que debe cultivarse la actitud del hombre de ciencia, cuya «observación minuciosa de los hechos, el atenerse y subordinarse a ellos; la búsqueda de la precisión, el no contentarse con las aproximaciones; la prudencia y lentitud en las afirmaciones, el considerar toda opinión como provisoria, que debe ser rectificadas, precisadas y mejoradas; el saber descartar, en el momento de emitir un juicio, los motivos de orden afectiva, emocional o pasional, que confunden la razón e impiden llegar a una lograda objetividad» (Tola: 1959, 4) debe hacerse habitual y constante en la actitud de todo hombre.

Asimismo, afirma la vigencia de la máxima legada por los griegos: «conócete a ti mismo» y entiende que este saber no debe limitarse al de los propios sentimientos y pensamientos; «pues debe también buscarse al mismo tiempo una ampliación cada vez mayor del dominio sometido a la vida consciente, ampliación ganada al mundo de los impulsos y tendencias inconscientes, para no dejarse

arrastrar por fuerzas que en uno existen, pero que uno desconoce o no percibe» (4). Finalmente, la importancia del dominio de los sentimientos, por lo que considera indispensable el «desarrollo de la sensibilidad artística, es decir, la capacidad para apreciar la obra de arte y gozar y deleitarse con ella». (4)

La exposición de Tola permite apreciar el ideal de hombre que propugnaba nuestra facultad a mediados del siglo pasado, que se definía por «la presencia de un ansia constante de progreso, la firme voluntad de ir siempre más lejos, el no satisfacerse nunca con el resultado obtenido, el considerar todo punto de llegada como inicio de un nuevo recorrido, la inquietud y la pasión de la superación personal». (6)

¿Cuántas de estas características están presentes hoy en día en nuestra comunidad académica? ¿Cuáles de las cualidades mencionadas forman parte constitutiva de nuestro trabajo formativo cotidiano? ¿En qué medida hemos mantenido, modificado o abandonado el horizonte de la actividad humanística que enarbolaron nuestros maestros? ¿Qué idea del hombre de letras y la importancia de su labor se asumía?

El maestro José Russo Delgado, en un pequeño pero valioso libro publicado en 1962, nos recordaba que «el hombre es su posibilidad» y que nuestra concepción de humanidad para ser vigente debe «excluir todo lo excluyente». Desde la perspectiva de este pensador sanmarquino «el conocimiento del hombre que es el conocimiento de nosotros mismos nos lleva a la realidad de nuestra humanidad». (54)

Respecto a la importancia de la labor formativa desarrollada en la universidad fue muy claro en señalar:

«Si el saber es ante todo saber del hombre, y por él se alcanza y expresa la máxima intimidad humana, en la función de saber que asignamos a la Universidad y que sólo cumplirían en su más profundo sentido

las humanidades, se cumple la función formativa. El saber máximo, que es el saber de sí, se identifica con la formación del hombre que no puede ser otra sino la de la humanidad del hombre». (55)

Aparentemente, entre mediados del siglo veinte, cuando los maestros Tola y Russo expresaban estas convicciones, hasta el presente, la universidad y la facultad han vivido muchas transformaciones, que no necesariamente han logrado materializar las intenciones que las motivaron. Me ha tocado vivir, como estudiante y profesor, varios procesos de reestructuración, reorganización o democratización, como prefieran llamarlos, cuya única característica común consiste en haber impuesto modificaciones para que todo siga igual.

Con el objetivo de modernizar la estructura de la universidad para que esta contribuyese, a su vez, a la modernización de la sociedad y del Estado, a inicios de los setenta se impuso el departamentalismo y los estudios generales, llamado ciclo básico. Al empezar la década siguiente, la reestructuración acordó retornar al régimen facultativo, convencidos de que los estudios profesionales en las facultades deberían estar orientados hacia la formación de profesionales identificados con los problemas que afectan al país.

Sin embargo, el currículum flexible y el sistema de créditos, acusados de fomentar el individualismo, la parcelación del conocimiento y de separar la investigación de la enseñanza han sobrevivido, como nuestra Ley Universitaria vigente, a las enmiendas, adendas, modificaciones, suspensiones o simplemente interpretaciones de sucesivas comisiones, gestiones y políticas académico-administrativas de las últimas casi tres décadas. La paradoja radica en que, las buenas intenciones de los que promovieron estos sucesivos cambios, en lugar de adaptar la institución a las nuevas necesidades de la sociedad han terminado por adoptar el modelo de sociedad imperante para los requerimientos de la universidad.

Así, lo que aparentemente nació para incentivar la especialización y la investigación ha terminado convertido en una cada vez más obsesiva pulsión por obtener ingresos generados por recursos propios. El centro preuniversitario, los procesos de admisión para pre y post grado, se han convertido en las actividades que capturan el interés mayoritario de la universidad, cuya imagen más conocida para la población ha terminado por ser la de servir de escenario para megaeventos musicales. La crisis de la formación humanista y de la educación universitaria se evidencia en la disolución de nuestra tradición y cultura académica, al asumir nuestra comunidad universitaria el fetichismo de la mercancía, el individualismo consumista y la competencia enajenante del mercado. La crisis que vivimos los hombres de letras responde al hecho de haber abdicado frente a la emergente cultura del espectáculo y la confrontación, que ahora, hegemónica, domina incluso nuestro espacio cotidiano.

En 1980, en el diagnóstico hecho por la Comisión de Reestructuración presidida por Wilson Reátegui, se describía la organización académica y administrativa de San Marcos como una «federación de pequeñas universidades que se agrupaban en el Consejo Universitario representadas básicamente por sus decanos», con lo que se aludía a la carencia absoluta de coordinación y diálogo entre las distintas facultades. Desde esa lejana fecha hasta la actualidad, con la excusa de la sobrevivencia o la trampa biológica, ante los sucesivos impulsos de adecuación a los ciclos de expansión capitalista, que finalmente nos han llevado a la globalización, hemos ido perdiendo paulatinamente los lazos de solidaridad y de comunidad sin que se hayan encontrado otros nuevos.

El samarquino de esta era digital, docente, estudiante o trabajador, está solo y atomizado. Aparentemente es libre, pero – como diría Erich Fromm-, tiene miedo a esa libertad. Vive el día a día, preocupado de obtener los ingresos para su familia o de resolver las carencias de su familia o grupo, encandilado por un modo de vida que lo induce permanentemente al consumo y a gozar de los

últimos aparatos tecnológicos, así que cumple su labor, función o tarea aceleradamente, para ir a otro centro de trabajo o actividad que en un futuro incierto le permita, tal vez, tener suficiente dinero para hacer lo que sueña y dejar de laborar.

Este es el rostro de la crisis conjunta de la educación universitaria y de la formación humanista, que convierte a cada facultad, a cada escuela, a cada docente de una especialidad, a cada alumno de una carrera, en un átomo aislado y enfrentado al otro, totalmente ajeno a cualquier intento de diálogo, consenso o adhesión solidaria, desinteresada y libre. Salvo que se atraviese por un periodo electoral o se trate de movilizarnos en defensa de nuestros derechos a seguir como estamos. Urge recuperar la dimensión de la palabra, la conversación, la preocupación por lo que hacemos educativamente, por lo que sucede en el plano del saber en otras disciplinas, por lo que podemos acordar para que nuestra actividad marche más integrada, hacia objetivos no reducidos a nuestros particulares deseos o necesidades. «Y si después de tantas palabras, no sobrevive la palabra», como ha escrito nuestro César Vallejo.

El maestro Víctor Li Carrillo fue uno de los que más reflexionó sobre la crisis de la formación humanista, que él percibía desde su particular perspectiva relacionada con la enseñanza de la filosofía. Nutrido de la experiencia de la universidad alemana, consideraba que era necesario recuperar en la práctica «lo que se ha cedido en la doctrina reafirmando los principios de la tradición mientras se obedece a los dictados de la renovación»(Li Carrillo: 2008, 190).

Precursoramente, en un curso dictado en el Instituto Raúl Porras Barrenechea en 1967, afirmaba que «la enseñanza de la filosofía afrontaba una situación difícil y precaria. La evolución del saber, la orientación de la cultura, la organización del mundo actual, parecen incompatibles no solo con la enseñanza sino con la existencia de la filosofía, y a medida que se consolidan las tendencias

profundas de nuestro tiempo, otros intereses solicitan la vocación y el esfuerzo de la inteligencia»(37).

Nuestro pensador chinchano enfrentó la divergencia entre la evolución del saber y la de la filosofía, consecuencia de la nueva organización institucional de la cultura, gracias a un concepto, una idea, que en nuestra labor específica en la escuela de literatura promovimos con éxito: «La filosofía es esencialmente teoría. Es el nombre que recibió en su origen. Los griegos no encontraron vocablo más apropiado para designarla. La razón reside en la significación misma de la palabra teoría. Teoría quiere decir en griego: visión. De esta acepción primitiva se derivan todas las otras, todas las que ha ido adquiriendo en el curso del tiempo». (57)

Por supuesto que para Li Carrillo el término no se reducía al ver, al observar, sino que desencadenaba el asombro y la curiosidad, que impulsa hacia el saber. Por ello, teoría en su óptica implica tres significados simultáneos: información, conocimiento y sentido; es decir, el sorprendernos frente a la fenomenología de lo existente nos lleva a seleccionar los hechos y datos, descifrar sus relaciones internas y explicar su funcionamiento o producción de significación. Esta *theoria*, con hache intermedia como la escribe Manuel Asensi (1987), en realidad es una lectura crítica que no ha perdido el asombro ante la vida y existencia, porque está comprometida con el devenir.

Esta reflexión de Víctor Li Carrillo, en sí valiosa porque nos exhorta a abandonar los espacios cerrados de las aulas y los textos, para abrirnos como humanistas hacia los demás seres humanos y procesos sociales, culmina en una clara perspectiva frente a la labor de los hombres de letras:

«La enseñanza humanística ha decaído notoriamente. No es la carencia de hombres ni de escuelas, sino la ausencia de entusiasmo, de fe, de convicción lo que inquieta a los pocos verdaderos humanistas

subsistentes.(...) El humanismo no es un culto sin vida, es iniciativa espontánea y creadora; más que su resurrección cabe esperar una insurrección salvadora, vivificante, libertaria. Porque el estudio de los textos no apaga ni suprime la pasión por comprender a los hombres». (192-3)

¿Por qué si las palabras de nuestros maestros anteriores ya nos alertaban sobre el proceso de crisis que nos ha conducido a estar ausentes en la definición de los procesos culturales en curso, que ha impuesto una atmósfera de sospecha y confrontación en nuestros patios y aulas, que ha devaluado nuestra función y a nosotros mismos frente a los imperativos de la tecnología o la ciencia, no hemos escuchado sus voces, atendido sus advertencias y reaccionado como ante tantos otros gestos de humanidad o avasallamiento? La única respuesta posible la he encontrado en uno de los pensadores más influyentes del siglo xx, Erich Fromm (2007, 36):

«Lo que hoy ocurre es una cosa fundamentalmente distinta: no se trata ya del mal frente al bien, sino de que hay una nueva inhumanidad: la indiferencia. Es la total enajenación de la vida, la total indiferencia frente a ella».

Cualquier alternativa para el renacimiento del humanismo, para su refundación, debe partir de un compromiso con nuestra labor, en términos colectivos y solidarios que posibilite superar y desterrar la indiferencia o la anomia, pero también su sustento ideológico más nefasto: el individualismo egocéntrico. Muchos creen que el haber leído un obra poco conocida o la última contribución de un destacado pensador occidental, o haber obtenido uno de los tantos premios que el mercado simbólico globalizado oferta permanentemente, los convierte en forma automática en el centro y eje de un culto a su personalidad intelectual, que todos están obligados a cumplir.

¿Significa eso que aquel docente o estudiante que no conoce la bibliografía que maneja la lumbreira, que no ha obtenido ni una mención en algún concurso de letras o que simplemente carece de las virtudes intelectuales de un genio, no merece hablar, dialogar o existir? Estamos en esta actividad no para lograr ser los que más sabemos o conocemos, sino para conseguir ser mejores seres humanos, personal y colectivamente. Un soberbio, patán y petulante humanista que obtenga algún reconocimiento seguirá siendo un soberbio, patán y petulante premiado.

El verdadero rostro de nuestro humanismo es el que practicamos y no el que predicamos. En la universidad Decana de América, muchos nombres han brillado por su gran calidad humana, que los hace sobrevivir en el tiempo, puesto que todo pensamiento, por más lúcido que sea, terminará caducando. La grandeza de nuestra Facultad de Letras y Ciencias Humanas radica en que ha cobijado a extraordinarios seres humanos, cuya generosidad, sencillez, entrega y solidaridad compiten con ventaja con sus lúcidas contribuciones al conocimiento y a la cultura nacional. Luis Fernando Vidal, Francisco Carrillo Espejo, Antonio Cornejo Polar y Juan Abugattas, por citar solo algunos, son un claro ejemplo de lo expresado.

A propósito del último de los mencionados, ha pasado un poco más de un lustro de la desaparición física de nuestro querido y recordado maestro y amigo, Juan Abugattas. Pocos como él tan consciente de los graves problemas de la educación superior y de la necesidad de proponer una nueva mirada en torno a la actividad de los hombres de letras. Toda su vida fue la afirmación lúcida de un nuevo humanismo, encarnado no solo en su profunda sabiduría sino, sobre todo, en la gran calidad humana que supo mostrar por donde anduvo con la sencillez y la humildad que lo caracterizaba.

Gracias a su sólida formación intelectual, comprendía la importancia de un horizonte simbólico como el formulado por las ciencias humanas, para el logro de una mejor calidad de vida para la población porque asumía que «el humanismo se ha dado históricamente ligado al proyecto moderno, tal proyecto es el único que ha generado un humanismo radical». (87)

Preguntándose sobre la posibilidad de afirmar un nuevo humanismo nos dejó contribuciones capitales, algunas de las cuales conviene recordar:

«Si el ser humano es exportador de sentido, el juicio sobre ese sentido deberá ser autoreferido. Es ese el significado que debe tener un nuevo humanismo. La cuestión no es ya la del dominio sobre la naturaleza, sino la de pensar la existencia humana como un paso cualitativamente superior en la afirmación del ser». (92)

¿Cuáles eran los rasgos de ese nuevo humanismo para el maestro arequipeño?:

«El nuevo humanismo tiene que partir de la premisa de que la especie humana como tal tiene una capacidad aportadora de sentido particular y que su desaparición significaría una pérdida considerable para el universo. El humanismo debe dar pues una dimensión cósmica a la existencia de la especie». (93)

Desde nuestra perspectiva, no debemos permitir que el tiempo cubra con el polvo del olvido las palabras, el pensamiento y el ejemplo de los humanistas que nos precedieron. Si he aceptado hacer uso de la palabra al inicio de este año académico 2011, es porque considero una obligación ética el manifestar a la comunidad académica de letras la responsabilidad que tenemos de mantener viva nuestra rica tradición y de revertir la actual situación de postergación por la que atravesamos. Los inicios y términos de los semestres académicos deben ser ocasión para la reflexión

y el diálogo entre nosotros sobre nuestra actividad formativa. Celebrar y renovar los nexos con los valores humanos que nos identifican, por los que estamos dispuestos a sacrificarnos y en los que educamos a los jóvenes con la confianza de que es posible construir conjuntamente un horizonte donde la calidad de vida no esté reñida con la solidaridad, la justicia y la belleza.

En tal sentido, propongo que cada una de las escuelas de nuestra facultad, asuma rotativamente en forma voluntaria, a través de un docente elegido democráticamente, la responsabilidad del discurso de inauguración o de clausura de cada semestre. De ese modo, propiciaremos el diálogo entre los integrantes de nuestras especialidades, recuperaremos la memoria viva de nuestros antecesores y retomaremos la posibilidad de un humanismo solidario entre nosotros. Dichas intervenciones deberían ser publicadas y difundidas como documento de trabajo y lectura, con la exhortación para que se incorporen a diversas asinaturas, para su debate y enriquecimiento.

Asimismo, sugiero a los centros de estudiantes que, sobre la base de estas intervenciones, inviten a los diversos grupos, movimientos o asociaciones docentes, para que una vez al mes, comenten, expongan sus propuestas al respecto o formulen las contribuciones que consideren necesarias para este relanzamiento de la actividad y formación humanista en nuestra facultad, en la universidad y la cultura nacional. No puede ser que solo en periodos de campaña electoral aparezcan, cuando sobre los graves problemas de la práctica humanista hay, como diría Vallejo, «muchísimo que hacer».

Para finalizar, quisiera invocar a los jóvenes y a los espíritus libres que habitan entre nosotros para que desechen la irresponsabilidad y la actitud autocomplaciente que ha conquistado los corazones, y compartan conmigo el sueño de ver el resurgimiento del humanismo solidario y dialogante en nuestra facultad, utopía real y tangible que imponga una cultura del diálogo y la conversación respetuosa. La educación universitaria requiere que enarbolemos

con nuevos argumentos frente a la sociedad la necesidad de la actitud crítica, la imaginación creadora y la ética de la solidaridad para que el país pueda integrarse, apostar por la paz y avanzar hacia un desarrollo sostenible.

Tal vez muchos piensen que lo expuesto, más allá de mis buenas intenciones, solo es un sueño, que tiene escaso margen de realización. Permítanme concluir, retomando las palabras de José María Arguedas (1984), cuya mágica contundencia constituye, sin duda, una incontrastable contraargumentación:

«No contestes que no vale. Más grande que mi fuerza en miles de años aprendida; de los músculos de mi cuello en miles de meses, miles de años fortalecidos es la vida, la eterna vida mía, el mundo que no descansa, que crea sin fatiga; que pare y forma como el tiempo, sin fin y sin precipicio».

Bibliografía

- ABUGATTAS, Juan. 2005. *Indagaciones filosóficas sobre nuestro futuro*. Lima, Fondo: Editorial UNMSM/Unesco.
- 2005a *La búsqueda de una alternativa civilizatoria*. Oficina de Coordinación Universitaria/Ministerio de Educación.
- ASENSI, Manuel. 1987. *Theoria de la lectura. Para una crítica paradójica*. Madrid: Hiperión.
- FROMM, Erich. 2007. *El humanismo como utopía real*. Barcelona: Paidós.
- GIUSTI, Miguel y Pepi PATRÓN (eds.). 2010. *El futuro de las humanidades, las humanidades del futuro*. Lima: Pontificia Universidad Católica.
- LI CARRILLO, Víctor. 2008. *La enseñanza de la filosofía*. Lima: Universidad Inca Garcilaso de la Vega.
- RUSSO DELGADO, José. 1962. *Sobre la paz y el hombre*. Lima: Minerva.

TOLA MENDOZA, Fernando. 1959. *La función humanística de la universidad*. Lima: UNMSM.

Correspondencia:

Miguel Angel Huamán

Docente del Departamento Académico de Literatura de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la UNMSM.

Correo electrónico: miguelangel_huaman@yahoo.com